

registro talonario, arrancó la hoja, y despues de haberle puesto el sello de recibido, la clavó en un cuelga-papeles.

—Ciento cuarenta francos— dijo Albert.

La señora Bourdelais pagó y entregó su tarjeta, porque como habia ido á pié no queria ocuparse las manos.

Terminada la operacion de la caja, José se puso á empaquetar la seda, lo que una vez hecho, arrojó el paquete en un cesto con ruedas, que fué llevado al servicio del departamento, lleno poco á poco con las mercancías del almacén, que parecia querer tragarlos á manera de una presa.

En el departamento de sedas era tal la multitud, que la señora Desforges y la señora Marty no pudieron encontrar un dependiente desocupado.

Quedaron de pié y envueltas entre la multitud de señoras que contemplaban los géneros, los palpaban y se pasaban dos horas sin decidirse. Pero sobre todo, para lo que comenzaba á dibujarse un gran éxito era para el *Paris-Bonheur*, en torno del cual empezaba á notarse un agrupamiento y un entusiasmo de esos que deciden en un día, en un momento, de una moda. Todos los dependientes estaban midiendo seda de aquella; por debajo de los sombreros de señora se veía el brillar de los ojos, siguiendo el movimiento incesante de dedos que iban poniendo la tela en las marcas de metal que sobre el mostrador señalaban los métrés; oíase el ruido de las tijeras mordiendo el tejido, y todo esto sin detenerse ni un momento, sin cesar, sin tomarse tiempo de respirar siquiera, como si todos aquellos dependientes no fueran bastante á dar abasto á tanto y tanto como aquellas señoras pedían.

—La verdad es que no es fea por cinco francos.

—Sesenta— dijo la señora Desforges, que habia conseguido apoderarse de una pieza en un rincon del mostrador.

La señora Marty y su hija Valentina experimentaban cierta desilusion. Los periódicos habian hablado tanto de ella, que esperaban encontrar algo más elegante y mejor.

Pero Bonthemout acababa de ver á la señora Desforges, y con objeto de hacer la córte á una persona á quien se suponía en gran predicamento con el amo de la casa, se aproximó con aquella amabilidad algo fingida que le era característica.

¡Cómo! ¡no le despachaban! ¡Semejante descuido era imperdonable! Debía ser un poco indulgente, porque estaban tan ocu-

pados que verdaderamente nadie sabia ya dónde tenia la cabeza. Y al mismo tiempo buscaba sillas por entre las faldas de las demas parroquianas, sonreia con aire bonachon y vulgar, en el que habia mucho del amor brutal á la mujer, lo cual parecia no desagradar á Enriqueta.

—Mirad— murmuró Favier, dirigiéndose á Hutin, mientras iba á sacar de una caja un carton con muestras de terciopelo;— mirad á Bonthemout que os sopla á vuestra parroquiana.

Hutin se habia olvidado de la señora Desforges, porque estaba fuera de sí por haber tenido que aguantar por espacio de un cuarto de hora la terrible charla de una vieja que acabó por no comprarle, despues de hacerle revolver todo, más que una vara de seda para un vestido. En los momentos de apuro, cuando habia mucho que hacer, no se cuidaban del turno y cada cual despachaba á todas las parroquianas que podia. Así es que Hutin iba ya á dirigirse á la señora Boutarel, que se disponia á pasarse el resto de la tarde en *La Dicha de las Damas*, donde habia estado tres horas aquella mañana, cuando la observacion de Favier le produjo una brusca sacudida. ¿Se habia de quedar sin la amiga del principal, á la que se habia prometido sacarle cien sueldos? Seria el colmo de la mala suerte, porque aun no habia hecho tres francos con todas aquellas otras cursis.

Precisamente Bonthemout estaba repitiendo en aquel momento:

—¡Á ver, señores, venga uno por aquí!

Entónces Hutin endosó la señora Boutarel á Robineau que estaba desocupado.

—Mirad, señora, dirigios al subjefe y os responderá mejor que yo.

Y se precipitó, hizo que le entregára el dependiente de la seccion de lanas las compras hechas allí por la señora Marty, á quien aun acompañaba aquél, esperando órdenes. Aquel día, una irritacion nerviosa debia engañar su instinto extraordinario. Generalmente, con una mirada dirigida á una mujer tenia bastante para saber si compraria, y cuánta cantidad. Luégo dominaba á la parroquiana, se apresuraba para concluir con ella á fin de poder servir á otra, y le imponia su gusto, convenciéndola de que mejor que ella misma sabia él la tela que pudiera convenirle.

—¿Qué clase de seda, señora?— preguntó con la mayor amabilidad.

Y apenas había abierto la boca la señora Desforges, replicó:

— Ya sé, ya sé lo que deseáis y lo que os conviene.

Cuando la pieza de *Paris-Bonheur* estuvo desdoblada en un rincón del mostrador entre otra porción de piezas de seda, la señora Marty y su hija se aproximaron. Hutin, un poco en cuidado, comprendió que se trataba primero de una compra para éstas.

En voz baja se cambiaban palabritas entre las señoras, que el dependiente no podía oír bien. De seguro la señora Desforges daba consejos á su amiga.

— Es claro — murmuraba ésta — que una seda de cinco francos sesenta no puede ser nunca como una de quince, ni como una de diez.

— Es muy endebllilla — repetía la señora Marty — y me temo que para un abrigo resultaría de poco cuerpo.

Esta observación le hizo intervenir, sonriéndose con la exagerada satisfacción del hombre que no puede equivocarse, que es infalible.

— Pero, señora, la ligereza es precisamente la condición principal de esta seda. No se arruga á pesar de parecer endeble. Creo que es precisamente lo que necesitáis.

Las señoras, impresionadas por aquella aseveración, guardaban silencio. Habían vuelto á coger la tela y estaban examinándola nuevamente, cuando sintieron que les tocaban en el hombro.

Era la señora Guibal, que hacía una hora andaba de una parte á otra de los almacenes, como quien va de paseo, recreando la vista con todas aquellas riquezas, sin comprar siquiera una vara de tela.

Empezaron de nuevo allí las conversaciones.

— ¡Cómo! ¿sois vos?

— Sí, yo soy, un poquillo dolorida de los empujones que he recibido.

— ¿Verdad? Hay muchísima gente, y no se puede andar. ¿Y el salón á la oriental?

— ¡Magnífico!

— ¡Divino! ¡qué éxito tan grande!.. Esperad un poco y subiréis conmigo allá arriba.

— No, gracias; acabo de bajar.

Hutin esperaba, ocultando su impaciencia tras aquella sonrisa que jamás se borraba de sus labios. ¿Irian á estarse allí todavía? Las señoras no se ocupaban de él. Por fin, la señora Guibal se

alejó, continuó su paseo, dando vuelta con verdadera fruición á todo el departamento de sedería.

— Yo que vos, compraría el abrigo hecho — dijo la señora Desforges, volviendo bruscamente; — *el Paris-Bonheur* no costaría más barato.

— Es verdad que con los adornos y las hechuras... — murmuró la señora Marty. — Además, se puede escoger mejor.

Las tres se habían puesto en pié. La señora Desforges replicó, volviéndose á Hutin:

— Tened la bondad de acompañarnos al departamento de confecciones.

El dependiente se quedó perplejo, porque no estaba acostumbrado á tales derrotas. ¡Cómo! ¡aquella señora no compraba! ¡le había engañado su instinto! Abandonó á la señora Marty é insistió con Enriqueta, poniendo en juego todos sus recursos de vendedor. Entónces le preguntó con una voz llena de seducciones:

— ¡Y vos, señora, no deseáis ver nuestros rasos y nuestros terciopelos?... Tenemos un surtido extraordinario y verdaderas gangas.

— Gracias, otro día — respondió ésta con la mayor tranquilidad, y sin mirarlo más de lo que había mirado á Mignon.

Hutin no tuvo más remedio que volver á coger los paquetes de la señora Marty para acompañarla al departamento de confección. Pero su enojo tuvo aún nueva exacerbación al ver que Robineau estaba vendiendo á la señora una buena cantidad de varas de seda. Decididamente, no tenía olfato ni ganaría tres cuartos.

— Al primer piso, señoras — dijo, sin dejar de sonreír.

No era cosa fácil ganar la escalera. Masa compacta de cabezas inundaba las galerías y el centro como un lago desbordado. La batalla por el negocio tronaba allí; los dependientes sujetaban aquel pueblo de mujeres que se adelantaban unas á otras. Era llegada la hora formidable del mediodía, cuando el volante de la máquina ordenaba el ir y venir de compradoras y las sacaba el dinero del bolsillo. En la sección de seda, sobre todo, era locura; había tanta gente, que Hutin no podía dar un paso; y Enriqueta, sofocada, levantó los ojos y vió á Mouret en lo alto de la escalera contemplando su victoria. Sonrió, esperando que bajara á buscarla. Pero él apenas la distinguía entre el gentío; estaba con Vallagnosc, enseñándole la casa con la cara radiante de triunfador. La trepidación interior sofocaba los ruidos de fuera: no se oía ni el

rodar de los coches ni el ruido de las puertas. Fuera de allí sólo existía para Mouret el enorme París que había de proveerle de compradoras. En el ambiente inmóvil y pesado, embalsamado por el olor de las telas, aumentaba el rumor. El pisar continuo, las frases cien veces repetidas, el ruido del oro sonando sobre los mostradores, las cestas rodando sin cesar y dejando caer sus cargas de paquetería en los insaciables sótanos... Bajo el fino polvo se confundía todo, no conociéndose la division de las secciones; la de mercería parecía inundada; más léjos, un rayo de sol, cayendo sobre la de la lencería, parecía una flecha de oro clavada en la nieve; en la guantería y lanería era una masa compacta de sombreros y peinados, ocultando las perspectivas del almacén; no se distinguían las *toilettes*, sobresaliendo únicamente los sombreros adornados de plumas y cintas; algunos sombreros masculinos ponían sobre aquello motas negras, miéntras los rostros de las mujeres, con la fatiga y el calor, tomaban la trasparencia de la camelia. Gracias á sus codos vigorosos abrió Hutin un camino á las damas, marchando delante de ellas. Cuando subieron la escalera no estaba Mouret: había metido á Vallagnosc en pleno gentío para acabar de aturdirle, y deseando darse á sí mismo aquel baño de éxito. Perdía con gusto el aliento al sentir sobre su cuerpo el abrazo de toda su clientela.

— Á la izquierda, señoras — dijo Hutin, siempre previsor, á pesar de su irritación.

Arriba el obstáculo seguía. Estaba invadida hasta la sección de muebles, tan tranquila de ordinario. Las secciones de chales, pieles y lencería hervían de gente. Al pasar la sección de encajes tuvieron aquellas señoras otro encuentro, el de la señora de Boves y su hija Blanca, ocupadísimas con los géneros que Deloche las presentaba. Hutin tuvo que hacer otra estación con el paquete en la mano.

— ¡Buenos días! Me acordaba de vos.

— Pues yo os busqué; pero ¿quién encuentra á nadie entre tanta gente?

— Esto es magnífico, ¿verdad?

— Aturde, querida. Hace rato que estamos de pié.

— ¿Comprais?

— No, miramos.

Efectivamente, la señora Boves, que no llevaba dinero más que para el coche, hacía sacar cartones de encajes por el gusto

de verlos y tocarlos. Conoció en Deloche al dependiente primerizo que no sabe resistir á los caprichos de las mujeres, y abusaba de su aturdida amabilidad, hacía media hora pide que pide. El mostrador desbordaba, y ella hundía la mano en aquella ola creciente de guipures, malinas, valenciennes y chantillys, con los dedos temblando de deseo y encendido el rostro de gozo sensual, miéntras Blanca, influida como su madre, tenía muy pálido su rostro fofó.

La conversacion seguía. Hutin las hubiera pegado; estaba inmóvil esperando sus antojos.

— ¡Toma! — dijo la de Marty; — ¿buscáis corbatas y pañuelos como los que os enseñé el otro día?

Era cierto. La de Boves, envidiosa de los encajes de la de Marty, desde el sábado no pudo resistir el deseo de pasar siquiera sus manos por ellos, pues el abandono en que la tenía su marido no la permitía llevárselos. Se ruborizó ligeramente y dijo que Blanca había querido ver las corbatas de blonda española. Y luégo añadió:

— ¿Vais á las confecciones? Bueno, pues voy en seguida. ¿Esperais en el salón oriental?

— Sí, en el salón oriental. ¡Soberbio!

Se separaron sonriendo entre la confusión producida por la venta de entredoses y puntillas á bajo precio. Félix Deloche, con aire ocupado, seguía vaciando cajas ante la madre y la hija. El inspector Jouve se paseaba despacio, con su aspecto militar, por entre los grupos hacinados delante de los mostradores, mostrando su decoración y velando sobre aquellas preciosas mercancías, tan fáciles de esconder bajo un paletó ó en una manga. Al pasar por detrás de la señora de Boves, sorprendido al verla con el brazo hundido en el montón de malinas y valenciennes, miró fijamente sus manos febriles.

— Á la derecha, señoras — dijo Hutin, volviendo á emprender la marcha.

Estaba fuera de sí. ¿No era bastante hacerle perder venta abajo, sino que se detenían á cada paso en el almacén? En su irritación entraba el odio de las secciones de telas contra los artículos confeccionados; siempre en la lucha, disputándose los clientes y arrebatándose su tanto por ciento y sus primas. La seda, más aún que la lanería, se irritaba cuando había que llevar á alguna señora á las confecciones, cuando se decidía por

un abri-go despues de hacerse enseñar los tafetanes y las fayas.

— ¡Señorita Clara! — dijo al fin Hutin con enfado cuando llegaron á la seccion.

Pero ésta pasó sin escucharle, ocupada con una venta. La seccion estaba llena, y la gente la atravesaba de cabo á cabo, entrando y saliendo por las puertas de los encajes y de la ropa blanca, que estaban una frente á otra. En el fondo se movian los compradores de ropa hecha, probándosela ante el espejo, y con las manos en las caderas. La moqueta roja apagaba el ruido de las pisadas, y el rumor del piso bajo se extinguia, y quedaba como un murmullo discreto en aquel salon invadido por un ejército de mujeres.

— ¡Señorita Margarita! — gritó Hutin.

Como ésta no se daba prisa, añadió entre dientes, para no ser entendido:

— ¡Hato de monas!

Tenía ojeriza á las oficialas, porque se rompía las piernas á fuerza de llevarlas parroquianas, cuya ganancia, decia, vendimian ellas.

Era una guerra sorda que ellas seguian con igual empuje, y en que desaparecian el deseo y los sexos, no quedando frente á frente más que los intereses encontrados, irritados por la fiebre del negocio.

— ¿Qué, no hay nadie? — preguntó Hutin.

De pronto vió á Dionisia. Estaba ocupada en el desplegado desde por la mañana; la habian dejado algunas ventas dudosas, que no llegó á hacer por fin. Cuando la apercibió estaba ocupada en desembarazar un mostrador de un monton de trajes, y corrió hácia ella.

— Tomad, señorita, y servid á estas señoras.

La puso vivamente en los brazos los géneros de la señora Marty, que estaba aburrido de llevar encima. Volvióle su sonrisa, como dependiente experimentado que gozase con el embarazo en que ponía á aquellas señoras y la jóven. Ésta se quedó muda ante aquella inesperada venta que se la presentaba. Por segunda vez se la aparecía Hutin como un amigo siempre pronto á ir en su ayuda. Brillaron de gratitud sus ojos, y le siguió con tierna mirada, miéntras él manejaba los codos para llegar pronto á su seccion.

— Deseo ver abrigos — dijo la señora Marty.

Dionisia preguntó qué género de abrigo queria. La de Marty no lo sabía, no habia formado idea, y queria ver los modelos de la estacion.

La jóven, cansada y aturdida con la gente, perdía la cabeza; habia servido á poca gente en casa de Cornailles, en Valognés; ignoraba el número de los modelos y su lugar en los armarios. No acababa de contestar á las dos amigas, que se impacientaban, cuando la señora Aurelia apercibió á la de Desforges, cuyas relaciones con Mouret debia saber, porque se apresuró á ir sonriendo.

— ¿Sirven á estas señoras?

— Sí, aquella jóven que busca allá abajo — respondió Enriqueta; — pero no parece muy al corriente, y no encuentra nada.

La primera acabó de anonadar á Dionisia, diciéndola á media voz:

— Ya veis que no servís. Estaos quieta, os lo ruego.

Y añadió llamando:

— ¡Un abrigo, señorita Margarita!

Se quedó allí miéntras Margarita enseñaba los modelos. Ésta usaba para con las compradoras un tono secamente cortés, una actitud desagradable de jóven que gasta vestido de seda, en roce con todas las elegancias, á las que odiaba. Cuando oyó decir á la señora Marty que no queria gastar más de doscientos francos, hizo un gesto de compasion. ¡Oh! la señora se limitaba mucho, pues con doscientos francos no era fácil hallar cosa conveniente. Y arrojó sobre un mostrador los abrigos ordinarios con un ademán que queria decir: ¡Pobretona! La señora Marty no gustó de ellos, y dijo al oido de la de Desforges:

— ¿No os agrada más ser servida por hombres? Se está más á gusto.

Margarita trajo un abrigo de seda con azabaches, que trató con más respeto, y la señora Aurelia llamó á Dionisia. Estaba inmóvil y con las manos cruzadas, desesperando de ser bien vista nunca en la casa. Iba á despedirsela sin duda, y los niños se quedarían sin pan. El rumor de la gente hervía en su cerebro, y sentía vacilar sus miembros, rendidos por los brazados de vestidos, especie de trabajo que nunca habia hecho. Se acercó y dejó que Margarita colocase sobre ella el abrigo como sobre un maniquí.

— Teneos derecha — dijo la señora Aurelia.

En seguida se olvidaron de Dionisia, porque acababa de entrar

Mouret con Vallagnosc y Bourdoncle. Saludó á las señoras y recibió la enhorabuena por su magnífica exposicion de novedades de invierno; se elogió el salon oriental. Vallagnosc, que acababa su paseo por las secciones, estaba más sorprendido que admirado. En cuanto á Bourdoncle, felicitaba á Mouret, olvidando que era de la casa, para borrar el recuerdo de sus dudas y sus persecuciones de aquella mañana.

—Sí, esto marcha; estoy contento —decía Mouret con el rostro radiante y respondiendo con una sonrisa á las tiernas miradas de Enriqueta. —Pero os entretengo, señoras...

Todas las miradas se fijaron en Dionisia, quien era manejada por las manos de Margarita, que la hacía volverse lentamente.

—¿Qué os parece? —preguntó la señora Marty á la de Desforges.

Ésta la aconsejaba, erigida en árbitro de la moda.

—No está mal... Tiene un corte original, pero poco gracioso en el entallado.

—Hay que verlo —dijo la señora Aurelia —sobre la señora misma. Ya comprendéis que no hace efecto sobre la señorita, que lleva poco vestido. Erguíos, señorita, y dadle toda su gracia.

Sonrieron todos, y Dionisia se puso pálida. Tenía vergüenza de verse convertida en una máquina que se examinaba y de la que se burlaban impunemente.

La señora Desforges, cediendo á inexplicable antipatía hácia el dulce rostro de la jóven, añadió malévola:

—Sí, estaría mejor si el traje de la señorita fuese ménos ancho.

Y miró á Mouret con la sonrisa burlona de la parisien á quien divierte el traje charro de una provinciana. Mouret sentía la caricia enamorada de aquella mirada, aquel triunfo de la mujer feliz con su hermosura, y por gratitud de hombre adorado creyó deber burlarse á su vez, á pesar de que su naturaleza galante sufría la influencia del secreto encanto de la jóven.

—Ademas —dijo —se necesita estar peinada.

Aquello fué un colmo de risa en todos. Margarita aventuró un ligero fruncimiento de labios de jóven bien educada que se contiene; Clara abandonó una venta para solazarse á su gusto, y hasta algunas oficiales de la ropa blanca se acercaron, atraídas por el rumor.

En cuanto á aquellas señoras, se divertían más discretamente,

con aire de mujeres de mundo, mientras el imperial perfil de la señora Aurelia estaba serio, como si los indómitos cabellos y los hombros virginales de la jóven hubiesen deshonrado el tono serio de su seccion.

Dionisia palideció aún más en medio de todas las que se burlaban de ella. Se sentía violenta y sin defensa ante aquellas miradas que caían sobre ella. ¿Qué había hecho ella para que así se mofasen de su abundante cabello y su talle delgado? Sufría sobre todo con la risa de Mouret y de la señora Desforges, sintiendo en el corazon un dolor desconocido.

Era bien mala aquella señora para emprenderla así con una pobre muchacha que nada la había hecho, y Mouret la inspiraba un miedo en que se fundían otros sentimientos que no podía analizar. En su abandono de esclava, herida en su pudor de mujer y rebelándose contra la injusticia, tuvo que ahogar los sollozos que la apretaban la garganta.

—¡Que se peine mañana! ¡esto es indecente! —decía el terrible Bourdoncle á la señora Aurelia, azuzado por la antipatía que cobró desde el primer día á la jóven.

La primera quitó el abrigo de los hombros de Dionisia, y la dijo en voz baja:

—¡Buen principio, señorita! Si habeis querido enseñarnos de lo que sois capaz... no se puede ser más tonta.

Dionisia se fué al monton de trajes, por miedo de estallar en llanto ante sus burladores. Allí al ménos estaba confundida entre la gente, y el cansancio la impedía pensar. Bruscamente sintió junto á sí á Paulina, oficiala de la ropa blanca, que ya por la mañana había tomado su defensa. Lo había visto todo y murmuró á su oído:

—No seais tan sensible, hija mia. Olvidaos de ésta, que no será la última. Yo, como os he dicho, soy de Chartres, sí, Paulina Cugnot, y mis padres son tahoneros allí... Pues bien, me hubieran comido los primeros días si no me hubiese puesto tiesa. Conque valor, y dadme la mano, que ya hablaremos cuando queerais.

Esta mano que la tendían aumentó la turbacion de Dionisia. La apretó furtivamente, y se dió prisa á cargar unos paletós, temiendo que se la riñera más si se sabía que tenía una amiga.

Entre tanto, la señora Aurelia colocaba el abrigo á la señora Marty, exclamando:

— ¡Maravilloso! ¡divino! Ya parece otra cosa.

La de Desforges declaró que ningún otro la estaría mejor. Se saludaron; Mouret se despidió, y Vallagnosc, que apercibió en los encajes á la señora de Boves y su hija, se apresuró á ir á ofrecer su brazo á la madre. Margarita pedía en una de las cajas del entresuelo las compras de la señora Marty, la cual pagó y dió orden de que se las llevarán al coche. La de Desforges encontró sus compras en la caja 10.^a Aún se encontraron otra vez en el salon oriental. Se iban atacadas de un acceso de admiración parlanchina. La misma señora Guibal se animaba.

— ¡Oh, delicioso!

— ¿No es cierto que es un verdadero haren? Y no muy caro.

— ¡Los smyrna! ¡qué colores! ¡qué finura!

— ¿Y este kurdistan?.. ¡Ved un Delacroix!

El gentío se aclaraba. Había sonado la campana con una hora de intervalo para las dos primeras mesas, y se iba á servir la tercera. En las secciones, desiertas poco á poco, sólo quedaban raros compradores retardados, á quienes la fiebre de gastar hacía olvidar la hora. De fuera llegaba el rodar de los últimos coches entre la voz de París, especie de ronquido de ogro satisfecho que digería los paños, las sedas y los encajes con que se le atracaba desde por la mañana. Dentro, y á la luz del gas que alumbraba los sacudimientos últimos de la venta, parecía como un campo de batalla animado en aquella lucha del negocio. Los dependientes, ahitos de cansancio, campaban por sus cajas y mostradores, que parecían asolados por una tempestad. Apenas se circulaba por las galerías de la planta baja, obstruidas por las sillas esparcidas; había que arreglar en la guantería una pila de cajas que Mignot había dejado derrumbarse; en la lanería lo mismo: Lienard dormitaba sobre un mar de piezas ó pilas aún en pié, parecidas á casas arrasadas por una inundación, y más léjos, la lencería había caído al suelo como nieve: se tropezaba contra rollos de servilletas, y se pisaban los ligeros flecos de las toallas. Arriba, iguales estragos que en las secciones del entresuelo. Las pieles llenaban el suelo, y las confecciones se amontonaban como capotes de tropa fuera de uso; los encajes y la ropa blanca, arrugados y por el suelo, hacían pensar en un pueblo de mujeres que se hubiese desnudado allí en un ímpetu de deseo; mientras abajo, en el fondo de la casa, el servicio de expedición estaba en plena actividad, removiendo los paquetes que iban llevándose los carruajes, último estremeci-

miento de aquella formidable máquina. En la seda habíanse despachado á su gusto los compradores: allí sí que se circulaba libremente: la sección estaba vacía porque el colosal surtido del *Paris-Bonheur* había sido devorado, como el campo bajo la nube de langosta. En medio de aquel vacío examinaban Hutin y Favier sus cuadernos de venta, calculando su tanto por ciento. Favier había hecho quince francos, y Hutin solamente trece, lo que le tenía disgustado con su mala suerte. Sus ojos se encendían con la pasión de la ganancia, y todo el almacén escribía cifras y ardía en la misma fiebre, con la alegría brutal de las noches de combate.

— Y bien, Bourdoncle — dijo Mouret — ¿tenéis miedo aún?

Estaba en su sitio favorito, en la meseta de la escalera del entresuelo, contra la barandilla, y sonreía victoriosamente ante el despojo de telas que desde allí veía. Sus temores de por la mañana, aquel instante de debilidad que nadie conocería nunca, le hostigaba más aún. Estaba ganada la batalla, el pequeño comercio del barrio hecho trizas, y conquistado el baron con sus millones y sus terrenos. Mientras miraba á los cajeros inclinados sobre sus registros y alineando cifras, y oía el ruido del oro cayendo sobre los cepillos de cobre, veía ensancharse *La Dicha de las Damas* y prolongar sus galerías hasta la calle del Dix-Decembre.

— ¡Eh, Bourdoncle! — repitió — ya veis que la casa es pequeña; si no, hubiéramos vendido el doble.

Bourdoncle se inclinaba, contento por haberse engañado. Pusiéronse serios de pronto. Como todas las noches, Lhomme, el primer cajero, acababa de centralizar las notas de cada sección; después de sumarlas formaba la nota total y subía en seguida esta nota á la caja central en una cartera y en sacos, según la clase de numerario. Aquel día dominaba el oro y la plata, y subía lentamente la escalera llevando tres sacos enormes. Privado de su brazo derecho, apretaba con el izquierdo contra el pecho los sacos para no dejarlos caer. Se le oía respirar fuerte de léjos, y pasaba rendido, pero soberbio, en medio de los respetuosos dependientes.

— ¿Cuánto, Lhomme? — preguntó Mouret.

— Ochenta mil setecientos cuarenta y dos francos diez centimos — respondió.

Una sonrisa de gozo corrió por *La Dicha de las Damas*. La cifra circuló de boca en boca. Era la mayor que una casa de novedades hubo hecho en un día.

Por la noche, cuando Dionisia subió á acostarse apoyándose en las paredes del estrecho pasillo, y una vez encerrada en su cuartito, se echó sobre el lecho martirizada por el dolor de los piés. Largo rato miró alelada la mesa-tocador, el armario, toda aquella desnudez de fonda pobre; allí habia de vivir, y su primer día pasaba fatigoso é interminable. No tendria valor para volver á empezar. Luégo notó que estaba vestida de seda, y sintió la necesidad infantil de ponerse su vestido de lana, que estaba sobre una silla, ántes de guardarlo. Cuando lo hubo hecho la ahogó la emocion, y las lágrimas que contenia durante todo el día rompieron al fin en caliente río. Habia vuelto á caer sobre el hecho, y conmovida ante el recuerdo de los dos niños, lloraba sin cesar y sin fuerza ni para descalzarse, ébria de cansancio y de tristeza...

V

Al día siguiente, haria poco más de media hora que Dionisia habia bajado á la seccion, cuando la señora Aurelia le dijo con su voz breve:

— Señorita, os esperan en la Direccion.

La muchacha se encontró á Mouret solo y sentado en el sillón forrado de reps verde. Acababa de acordarse de *la mal peinada* como la llamaba Bourdoncle, y por más que no le era grato el papel de mentor, se le ocurrió llamarla para hacerle algunas advertencias, si, como era de esperar, continuaba con su aspecto de lugareña. El día ántes, á pesar de su broma, habia sentido delante de la señora Desorges molestado su amor propio al ver que se comentaba la poca elegancia de una de sus dependientes. Esto le produjo un sentimiento mitad de simpatía y mitad de cólera.

— Señorita — comenzó diciéndole — habeis sido admitida por respetos á vuestro tío, y es necesario que no nos coloquéis en la triste necesidad...

Se detuvo; delante de él, y al otro lado del bufete, Dionisia se encontraba de pié, pálida y silenciosa. El vestido de seda no le estaba ya tan ancho, ceñia su redondo talle y modelaba las correctas líneas de sus hombros de virgen; sus cabellos, anudados en gruesas trenzas, aunque todavía algo salvajes, prometian corregirse. Despues de haberse dormido vestida, con los ojos secos de lágrimas, la muchacha se levantó á eso de las cuatro, avergonzada de aquella crisis de sensibilidad nerviosa, se puso inmediatamente á estrechar el vestido y se pasó una hora delante del espejillo arreglándose el cabello, pero sin poder conseguirlo de la manera que hubiera deseado.

— ¡ Ah! ¡ Gracias á Dios! — exclamó Mouret; — estais hoy mucho mejor. Solamente, todavía estos diablos de mechones...

Se levantó y se puso á arreglarle el peinado con la misma con-